

ANTONIO NARBONA JIMÉNEZ

SINTAXIS

del español coloquial

Índice

Biografía

Reseña

Editorial Universidad de Sevilla

ANTONIO NARBONA

SINTAXIS DEL ESPAÑOL COLOQUIAL



Editorial Universidad de Sevilla

Sevilla 2018

Colección: Lingüística

COMITÉ EDITORIAL:

José Beltrán Fortes
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)
Araceli López Serena
(Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
Ana Ilundáin Larrañeta
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque Sánchez
José-Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Edición digital de la primera edición impresa de 2015

© Editorial Universidad de Sevilla 2018
Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 452; Fax: 954 487 443
Web: <http://www.editorial.us.es>
Correo electrónico: eus4@us.es

© Antonio Narbona Jiménez 2018

Edición electrónica: Ulzama Digital
I.S.B.N.: 978-84-472-2161-5
DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/9788447221615>

*A María Dolores (Lola),
más de cuarenta y cinco años de vida compartida*

Índice

A MODO DE JUSTIFICACIÓN	11
I. PROBLEMAS Y MÉTODOS DE LA SINTAXIS COLOQUIAL	
1. SINTAXIS COLOQUIAL: PROBLEMAS Y MÉTODOS	21
2. HACIA UNA SINTAXIS DEL ESPAÑOL COLOQUIAL	45
3. LOS ESTUDIOS SOBRE EL ESPAÑOL COLOQUIAL (I)	63
4. LOS ESTUDIOS SOBRE EL ESPAÑOL COLOQUIAL (II)	73
5. LA PROBLEMÁTICA DESCRIPCIÓN DEL ESPAÑOL COLOQUIAL	91
II. HACIA UNA SINTAXIS DISCURSIVA DE LAS ACTUACIONES CONVERSACIONALES	
6. LOS DATOS ORALES Y LAS GRAMÁTICAS	105
7. PARA UNA SINTAXIS DEL ESPAÑOL COLOQUIAL	117
8. ¿ES SISTEMATIZABLE LA SINTAXIS COLOQUIAL?	135
9. CUANDO ES EL OTRO EL QUE <i>SUBORDINA</i>	147
III. LINGÜÍSTICA DE LA ENUNCIACIÓN Y ESPAÑOL COLOQUIAL	
10. CUESTIONES PRELIMINARES	159
11. SINTAXIS, ANÁLISIS DEL DISCURSO Y PRAGMÁTICA (I)	181
12. SINTAXIS, ANÁLISIS DEL DISCURSO Y PRAGMÁTICA (II)	195
IV. ORALIDAD Y COLOQUIALIDAD EN LA ESCRITURA	
13. DIÁLOGOS BAJO CONTROL	213
14. SOBRE EVOLUCIÓN SINTÁCTICA Y ESCRITURA-ORALIDAD	233
15. SINTAXIS COLOQUIAL Y <i>REALISMO</i> LITERARIO	251
16. ESCRITURA DE LO ORAL EN LOS DIÁLOGOS DEL <i>QUIJOTE</i>	257
17. LA ANDADURA SINTÁCTICA EN <i>EL JARAMA</i>	299
18. DIÁLOGO COLOQUIAL EN LA NARRATIVA LITERARIA MODERNA	331
19. CUANDO LO <i>COLOQUIAL</i> SE CONVIERTE EN <i>LITERARIO</i>	345
EPÍLOGO: EL PODER DE LA PROSODIA	357
BIBLIOGRAFÍA	371

A MODO DE JUSTIFICACIÓN

Los trabajos reunidos en este libro –que debería titularse *Para* o *Hacia una sintaxis del español coloquial*– han sido escritos a lo largo de 25 años (1988-2013), por lo que, si bien sigo estando bastante conforme con casi todas las ideas expuestas, tengo mis dudas acerca de la actualidad de algunas de ellas (la in-actualidad de otras, dado el tiempo transcurrido, será advertida de inmediato por el lector). Para colmo, cuando me disponía a redactar estas líneas de presentación, la lectura de “El español hablado como lengua aglutinante y polisintética”, de Juan Carlos Moreno Cabrera (2014), alumno mío en la Universidad Autónoma de Madrid cuando terminaba la década de los 60 y empezaba la de los 70 (del siglo pasado, naturalmente), me hizo pensar si no sería mejor tirarlos directamente a la basura. Aunque no comparto su tesis radical, estoy de acuerdo con que en la caracterización de las modalidades habladas debería prescindirse de las unidades operativas y herramientas analíticas elaboradas desde y para las escritas. Si no tardé en vencer tan drástica tentación, fue por la convicción de que, mientras no se consiga adoptar en la práctica esa y otras precauciones, algo pueden aportar.

No están ordenados cronológicamente, pero al frente de cada uno de ellos figura el año de su publicación, lo que ayudará al lector a enmarcar y contextualizar su contenido y las referencias bibliográficas.

Han sido distribuidos en cuatro secciones. En la primera se plantean las cuestiones generales que considero más relevantes, casi todas de carácter problemático, y se traza un primer panorama de cómo se ha ido abordando el análisis del español coloquial. En la segunda, tras presentar las relaciones entre las fuentes de los datos y las teorías –cuestión aún no resuelta–, propongo distintas aproximaciones a la lengua conversacional. Trata la tercera de las posibilidades de superar la *microsintaxis* o *sintaxis oracional* y de la necesidad de situarse en el ámbito *macrosintáctico* del *análisis del discurso*, cuyos avances y logros discurren de la mano de la *pragmática*. Por último, en una cuarta sección se agrupan los referidos a la *oralidad en la escritura*, para algunos la tarea más fascinante que tiene ante sí el lingüista, especialmente el historiador de la lengua. Sirve de cierre un epílogo sobre el poder de la *prosodia*,

algo que está presente a lo largo de casi todas las páginas de esta obra. De la gran distancia que hay entre la lengua hablada y la escrita se percató ya en 1925 Amado Alonso, quien hizo ver que filólogos alemanes de la talla de Meyer-Lübke, Gessner, Weigert, Spitzer y Urtel fracasaron en sus intentos de interpretar las expresiones *como que* y *cómo que* porque su “carencia de sentimiento de nuestro idioma” les impidió darse cuenta de que solo “el estudio de la entonación” puede explicarlas.

Tal disposición pondrá de manifiesto que ciertas observaciones y reflexiones deberían preceder a otras que aquí figuran antes. Y aunque se han eliminado algunas, las repeticiones son inevitables. Confío en que el lector sabrá entender, y disculpar, tanto los desajustes “cronológicos”, casi siempre fácilmente detectables, como las reiteraciones.

Las referencias bibliográficas se han agrupado en una única relación final. Se han añadido algunas que aunque, por ser posteriores, no pudieron ser aprovechadas en el momento de la redacción de estos trabajos, ayudarán a proseguir en las vías de investigación aquí propuestas.

No sé en qué medida estos escritos pueden continuar ayudando a resolver algunos de los numerosos problemas que se plantean, pero son un reflejo de la evolución del modo de proceder en un campo de estudio cuya historia es tan corta (apenas las últimas décadas) como intensa. Pocos se habían interesado por el español coloquial hasta el último tercio del siglo XX. Aparte de la obra pionera de W. Beinhauer, *Spanische Umgansprache* (1929), que se tradujo al español (*El español coloquial*) más de treinta años después, apenas media docena de nombres pudo citar F. González Ollé en el *Prólogo* de sus *Textos para el estudio del español coloquial* (1968): A. Carballo Picazo, M. Muñoz Cortés, E. Lorenzo, M. Criado de Val (cuya muerte se produce mientras redacto estas líneas de presentación) y F. Yndurain. En 1977 aún seguía considerando necesario G. Salvador bautizar (con el término *femiología*) la “nueva” investigación de textos hablados. Y sobre todo, casi nadie se había ocupado de la técnica libre del discurso puesta en práctica en tales modalidades de uso. La *Morfosintaxis del español coloquial*, de A. M^a Vigar, cuyo contenido responde más a su subtítulo, *Esbozo estilístico*, apareció en 1992.

Tras unas primeras y primerizas notas publicadas en 1979, presenté en el Simposio de 1985 de la Sociedad Española de Lingüística, celebrado en Córdoba, una Ponencia sobre “Problemas de sintaxis coloquial andaluza”. Con el adjetivo *andaluza* no pretendía otra cosa que achicar algo el inabarcable terreno de lo *coloquial*; y el sustantivo *problemas* –que he utilizado en el título de bastantes de mis trabajos– casi venía obligado por el escaso cultivo de esta línea de indagación o por la falta de rigor de buena parte de las publicaciones que habían ido apareciendo. No mucho después fui invitado a la Universidad de Valencia por un grupo de jóvenes que, capitaneados por A. Briz

y todavía sin bautizar como Val.Es.Co, estaban decididos a dedicar tiempo y esfuerzos a intentar llenar algunas carencias, incluidas las debilidades teóricas y metodológicas. No hace falta decir que sus resultados han superado las expectativas de entonces. No recuerdo si antes o después de esa estancia en Valencia, Luis Cortés, que se encontraba algo *perdido* por tierras leonesas, vino a Córdoba, de cuya Universidad era yo entonces profesor, para hablarme de sus incursiones por la *Sintaxis del coloquio. Aproximación sociolingüística* (1986), que tal era el título de su Tesis Doctoral, dirigida por A. Llorente, quien bastantes años antes había sido también director, en la Universidad de Granada, de mi Memoria de Licenciatura *El habla de Olivares (Sevilla): Notas para una sintaxis dialectal* (1971).

El ritmo al que ha crecido el interés por el español coloquial es poco usual en lingüística, donde los verdaderos avances se producen muy lentamente y en espiral, de modo que la curva apenas se aleja del punto por el que pasa en las etapas anteriores. Tal crecimiento no responde, sin más, a una ley pendular de la disciplina, que, tras un largo período al que se atribuye un marcado carácter *filológico*, se orienta hacia lo hablado. Ha sido decisiva la necesidad de romper el estrecho corsé que supone centrarse en un *sistema* no puesto en acción, giro casi copernicano cuyos pasos continúan siendo vacilantes. Además de aumentar sin cesar la bibliografía (algo que advertirá el lector al comparar las escasas referencias incluidas en mis estudios tempranos con las contenidas en los más recientes), hasta hacerse prácticamente incontrolable, se han celebrado reuniones científicas específicas, se han ido poniendo en marcha publicaciones periódicas especializadas, la materia *Español coloquial* forma parte de los planes de estudios de la mayoría de las titulaciones filológicas de nuestras Universidades, etc. Luis Cortés, que, entre otras iniciativas, ha puesto en marcha en la Universidad de Almería *ORALIA*, revista hoy ya consolidada, nos ha ido proporcionando las novedades, además de haber llevado a cabo diversos balances de lo realizado (1994, 1996), y ha trazado el *status quaestionis* en un trabajo incluido en el número monográfico de *Español Actual* (2002). Este volumen fue coordinado por Ana M^a Vígara, que abre la presentación del mismo, titulada “Estudio del español coloquial: razones para el optimismo”, con estas palabras: “No comparto (en absoluto) la visión extremadamente pesimista, mantenida desde hace muchos años –desde siempre, en realidad, si seguimos lo manifestado en sus publicaciones– hasta hoy, por el profesor Antonio Narbona”. Nada más lejos de la verdad. Solo desde la ignorancia podría yo dejar de reconocer lo que han significado muchos de los trabajos realizados por quienes han tenido que trabajar como auténticos francotiradores. Creo que toda actitud crítica que haga aflorar los obstáculos con que hay que enfrentarse debe calificarse, más bien, de *optimista*, no en la primera acepción del *DRAE* (“propensión a juzgar las cosas en su

aspecto más favorable”), sino en la segunda (“pretensión de mejorarlas y, en la medida de lo posible, perfeccionarlas”), sin duda menos ingenua. Loable es el entusiasmo; pero el apasionamiento, si no es frenado racionalmente, puede acabar por enturbiar el cabal entendimiento de la realidad. Al margen de actitudes optimistas o pesimistas, que en el quehacer científico a ningún sitio conducen, estos escritos pueden ser una muestra –y quizás ello sí pueda servir de *justificación*– de cómo el examen del español coloquial ha podido contribuir a delimitar mejor y ampliar el objeto de la lingüística y a clarificar la metodología para abordarlo, tareas ambas indesligables.

Los avances en cualquier ámbito de la lingüística han de producirse a lo largo de todas las fases del proceso de indagación, desde la elección de las fuentes de datos hasta la adopción de los adecuados enfoques metodológicos, pasando por la utilización de herramientas pertinentes, incluidas las unidades analíticas. La delimitación de la *langue* o de la *competencia* (de un hablante-oyente ideal) como objeto central no supuso un verdadero desanclaje del notable carácter filológico ni, desde luego, una mayor atención a la oralidad. El adelgazamiento y reducción del campo de los fenómenos examinados fue alejando progresivamente a la disciplina tanto de las actuaciones habladas como de las escritas, lo que acabaría por conducirla –en particular, a la sintaxis–, si no a un callejón sin salida, sí a una situación que alguien ha llegado a calificar de asfixia. Pues bien, no hay vía más apropiada para la superación de esta especie de bloqueo provocado por las sucesivas podas del objeto que dejar de limitar la atención exclusivamente al *código* (sobre todo, al *idealizado* por el propio lingüista) y ocuparse también de su funcionamiento, especialmente de aquellas variedades que pertenecen a la proximidad comunicativa y apenas han contado para la elaboración del saber gramatical.

Parece que por fin se ha llegado al convencimiento de que, más que la pronunciación y ciertas parcelas del léxico y la fraseología, en que se venían fijando la dialectología y la sociolingüística –una de las razones por las que tales disciplinas centradas en las hablas *vivas* no pueden considerarse precedentes de los estudios sobre la lengua coloquial–, es la técnica constructiva lo que permite conocer mejor el comportamiento idiomático de los hablantes y, en consecuencia, descubrir su naturaleza y funcionamiento como *hecho social* por antonomasia. Pero ello obliga a replantear inicialmente la cuestión de si es o no procedente establecer relaciones jerárquicas entre las variedades de uso de un idioma. Que el análisis de las *orales* no acabe de liberarse del que ha tomado como punto de partida las *escritas* se debe, no solo a la casi imposibilidad práctica de proceder de otro modo hasta no hace tanto tiempo, sino también a la presunta *superioridad* atribuida a la escritura, muchísimo más *moderna* (en términos relativos casi *reciente*), y aún de alcance “restringido”, pues no son pocas las lenguas que carecen de ella (bastantes de las cuales

acabarán desapareciendo) y numerosísimos los hablantes de las que sí la tienen pero que no pueden escribir ni leer. La pionera monografía de W. Beinhauer se basó en ciertas obras dramáticas en que el autor creyó encontrar reflejada “el habla tal como brota natural y espontáneamente en la conversación diaria”. La actitud de los que han continuado resaltando el papel de la *expresividad* o *afectividad* en las actuaciones coloquiales casi siempre ha estado mediatizada por la consideración de las mismas como *deficitarias* (no parece casual que también en 1929 se publicara *La grammaire des fautes*, de Henri Frei), de ahí que la atención se haya detenido en lo que tienen de peculiar o singular y en sus *anomalías* (a menudo supuestas), *carencias* o *insuficiencias*, en particular las quiebras de la *integridad* de la *oración*, calificadas de *incorrecciones*, *errores*, *atropellos*, *dislocaciones*, *anacolutos*..., en todo lo cual se veía una mera consecuencia de la impericia o descuido. Y aunque los “nuevos” materiales orales proporcionados por los modernos medios de grabación han contribuido a alcanzar progresos indudables, nunca se ha prescindido de las fuentes escritas, y se ha ido ensanchando –bien que no siempre de manera discriminada– la nómina de autores y géneros discursivos. Recurrir a esta vía *indirecta*, además de ser la única forma de descubrir huellas de la oralidad para la mayor parte de la trayectoria histórica del idioma (por más que se califique de *esquizofrénica* la búsqueda en los textos de unos recursos lingüísticos que tardan en pasar o rara vez llegan a la escritura) sigue siendo insustituible. Entre otras razones, porque la capacidad de muchos lectores de vivificar los escritos, literarios o no, mediante la reposición de los específicos procedimientos *orales* de contextualización, ha favorecido la plena incorporación en ellos de la oralidad coloquial, una conquista moderna que facilita la labor analítica del estudioso. Frente a la *transcripción* de una conversación real previamente oída o/y grabada, que no puede reflejar fielmente ciertos recursos contextualizadores, especialmente la prosodia, la operación de filtro, criba o maquillaje a que el autor necesariamente ha de someter sus diálogos fingidos –no menos reales que los espontáneos auténticos– facilita la tarea de entender y explicar la andadura sintáctica coloquial.

Se está logrando una paulatina liberación de esa especie de *deformación jerárquica* que llevaba al lingüista a describir cualquier variedad de una lengua desde la óptica adoptada para el análisis de la previamente fijada como eje de referencia. Y así es gracias a que la dicotomía medial que separa el código *fónico-auditivo* del *gráfico* ha empezado a contemplarse cruzada por una línea escalar única, gradual y pluriparamétrica, en la que *todas* las actuaciones –tanto orales como escritas– se ubican en función de la convivencia y complicidad –o bien el distanciamiento– entre los participantes en el intercambio comunicativo. Limitarse a oponer o enfrentar la actividad de *hablar/oir-escuchar* a la de *escribir/leer* simplifica y desvirtúa la realidad. Y no solo porque nadie

puede *escribir como se habla* ni debe *hablar como un libro*, sino porque un mismo usuario se sirve en la conversación coloquial de unas estrategias verbales muy distintas de las que ha de poner en práctica como lector de textos de la distancia comunicativa. Las situaciones de inmediatez o proximidad están determinadas por un mayor anclaje y dependencia *contextual* y un menor grado de planificación, lo que obliga al estudioso a adoptar un enfoque superador de la gramática funcional y formal. No es casual que *Esbozo de pragmatogramática* sea el subtítulo elegido por A. Briz para su obra *El español coloquial en la conversación*. Otra cosa es que no esté resultando sencillo dar con las categorías pragmáticas generales que ayuden a explicar unos hechos idiomáticos concretos de extraordinaria complejidad. No es tan reciente la aspiración a integrar el componente *pragmático*. Aunque sin emplear el término, ya en 1935 se percata Amado Alonso, en “*Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos*”, de que, especialmente en “el lenguaje realmente coloquial o en escritos que lo representan”, hay muchas veces “una corriente intencional que presiona sobre el oyente”. Podría decirse que en la trayectoria *científica* de la lingüística, a una etapa en la que se prefirió la contemplación de los hechos al margen del contexto o, si se prefiere, en el seno de un supuesto contexto neutro o no marcado, está sucediendo otra en que se rescata y se reincorpora a los usuarios, nunca *ideales*. Prueba de la resistencia con que tropieza el paso de una a otra es que, en ocasiones, no solo se sigue ignorando la realidad, sino que se llega incluso a enmendarle la plana. En una reseña a uno de los trabajos que incluyo aquí, se tacha de “error” la segmentación de un ejemplo *¿Qué estabas / bebiendo agua del pozo?!*, cuyo emisor fui yo mismo, porque –se dice– “lo más natural en este contexto debe ser esta otra: *¿Qué? / ¿estabas bebiendo agua del pozo?*”.

Proyectar tal concepción gradual de todas las modalidades no va a resolver de inmediato por sí sola los problemas. Como se irá comprobando, ni siquiera los límites de la zona en que se sitúa lo *coloquial* están claros, y son muchas las etiquetas empleadas para designarlo. En el citado trabajo de J. C. Moreno Cabrera se siguen usando casi como sinónimos –y en ocasiones como simples variantes estilísticas– del adjetivo *hablado* que figura en el título las expresiones siguientes: *coloquial* (sin duda el más frecuente), *espontáneo*, *natural*, *informal*, *no estándar*, *hablado coloquial*, *coloquial hablado*, *hablado espontáneo*, *coloquial espontáneo*, *hablado coloquial espontáneo*, *hablado coloquial informal*, *natural hablado espontáneo*...

No es poco lo que aquí queda sin tratar. Es preciso y urgente avanzar en la proyección social de los resultados de esta clase de estudios. Hay que proporcionar respuestas plausibles a los interrogantes cuya clarificación debe constituir el objetivo último: *por y para qué* tratar de entender y de explicar

el modo más común de actuar idiomáticamente. Y no vale limitarse a la obviedad de que no necesita legitimación alguna el conocimiento de la variedad de la que nos servimos *todos* (no por igual) y *casi todo el tiempo* (en muchos sobra el *casi*, al estarles vedado el acceso a otras). Importa advertir, sin embargo, que centrarse en exclusiva o de modo preferente en la oralidad coloquial no carece de riesgos, pues además de favorecer la inclinación a atribuirle una virtualidad que no siempre tiene, puede conducir a perder de vista que nuestra cultura es básicamente de la escritura, por lo que se puede acabar incurriendo en un *décalage* improcedente.

Faltan aquí también reflexiones rigurosas sobre la acentuada coloquialidad que, con propósitos diversos, día a día impregna buena parte de los intercambios verbales de claro carácter público, no sólo en los medios de comunicación audiovisuales (donde la *descortesía* entre los contertulios o tertulianos como arma para el incremento de la audiencia parece no tener límites), sino incluso en determinados subgéneros de la prensa escrita, antes reservados al ámbito de la formalidad y a no muchos usuarios.

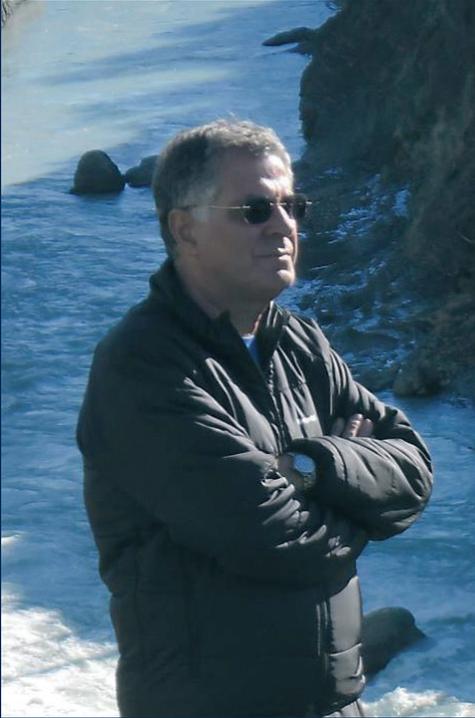
En aportaciones no recogidas en este libro (1993a, 1993b), me he ocupado del papel de la lengua coloquial como instrumento en la educación e instrucción idiomática durante la decisiva etapa escolar en la que no solo ha de quedar subsanado todo aquello que no alcance el listón de la *corrección*, sino que deben quedar asentadas las bases de la competencia comunicativa de los alumnos. Habría que ocuparse especialmente de su contribución, directa o indirecta, a la mejora de los métodos de enseñanza del español a quienes no lo tienen como lengua materna. No hay que perder de vista que no pocos aspiran en primera –cuando no única– instancia a tener un dominio suficiente precisamente de la modalidad que resuelva las necesidades inmediatas y prácticas.

Es el idioma el principal activo con que cuenta una comunidad de centenares de millones de personas, y en clara expansión. No va a ayudar a que pueda competir con otros, especialmente con el inglés, auténtica *lingua franca* en el mundo actual, el que muchos no hispanohablantes alcancen un nivel meramente elemental o básico de competencia. El prestigio del español crecerá en la medida en que pese cada vez más en los organismos e instituciones internacionales, se intensifiquen las relaciones con un número cada vez mayor de países, se incorpore al mundo de los mercados y de los negocios, se propague su utilización en el ámbito de la innovación científica y el desarrollo cultural y literario, etc. Los usos coloquiales no quedan al margen de este enorme potencial, pero únicamente constituyen la primera puerta de acceso al aprendizaje y dominio, la vía inmediata para enfrentarse a los retos de un mundo cada vez más globalizado, en el que es de vértigo la velocidad con que la intercomunicación se mueve y cambia. Por mucho que los intercambios,

oralmente o por escrito, se establezcan cada vez más en registros de máxima proximidad, conviene recordar que el éxito de la interacción social y la capacidad crítica que permite aumentar la autonomía personal, la actitud crítica y la libertad individual requieren superar el umbral de la inmediatez.

* * * * *

Es de bien nacido ser agradecido. Gracias a Antonio Caballos (y a todo el equipo de la Editorial Universidad de Sevilla), por haber acogido con entusiasmo la publicación de estos estudios. A Araceli López Serena, que, como siempre, ha hecho numerosas y atinadas observaciones. Y especialmente a María Dolores González Cantos, que se ha encargado de pulirlos y dejarlos presentables.



ANTONIO NARBONA JIMÉNEZ ha sido Profesor de las Universidades Autónoma de Madrid, Extremadura y Córdoba. Actualmente es Catedrático de “Lengua Española” de la Universidad de Sevilla. Destacan sus trabajos sobre gramática del español, sintaxis histórica, análisis del discurso conversacional y dialectología andaluza.

Académico Correspondiente de la Real Academia Española en Andalucía y Miembro de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Premio FAMA a la Trayectoria Investigadora de la Universidad Hispalense y Premio ANDALUCÍA DE INVESTIGACIÓN de la Junta de Andalucía. Es coautor, junto con Rafael Cano Aguilar y Ramón Morillo-Velarde Pérez, de *El Español hablado en Andalucía*, publicado en esta misma editorial.

Portada

Índice

Reseña

Del español *coloquial* nos servimos todos continuamente, aunque no de un mismo y único modo. El lingüista conseguirá liberarse de la *deformación jerárquica* que lleva a considerarlo como una modalidad de uso *deficitaria* o “pobre” cuando, además de aceptar que *nadie puede escribir como habla* o que *no se debe hablar “como un libro”*, deje de limitarse a oponer y enfrentar la actividad de *hablar* (y *oír-escuchar*) a la de *escribir* (y *leer*).

Desentrañar las claves de lo que logramos *decir y hacer*, de la verdadera eficiencia de los intercambios *orales* (desde la mera información práctica o la simple socialización en la conversación familiar espontánea hasta su plena integración en ciertos diálogos literarios), requiere conocer a fondo la técnica constructiva dominante que en ellos se pone en práctica.

Portada

Índice

Biografía